

Plaza-Pública**Córdoba**

Rossana Fuentes Berain, claramente consagrada ya como una de las mejores reporteras de investigación en México, consiguió respuestas de José Córdoba, el virtual vicepresidente de México durante el gobierno del Presidente Salinas, a las 38 preguntas que le formuló por escrito. Sólo de ese modo accedió el superasesor presidencial, que tanto contribuyó a modelar el sexenio anterior (y aún el precedente) a explicarse, colocado como está en el centro de no pocos nudos de la actual situación económica electoral y judicial, a pesar de su ya larga ausencia de México (Reforma, 10 de septiembre, p.1, 6 y 7).

Córdoba resolvió adecuadamente, para sí, el conflicto de lealtades que quizá padezca. Su relación con el Presidente Zedillo fue, al menos durante los años de su trabajo en común, conocida por su cordialidad, al punto de que es ya un tópico que la del actual titular del Ejecutivo era la candidatura patrocinada por Córdoba. De allí que, puesto a dictaminar sobre el momento en que se desencadenó la crisis eludiera escoger entre noviembre o diciembre, alegando no creer que "una crisis de estas características pueda originarse fundamentalmente en el error de un día". De haber optado por el primer mes, habría colocado la carga de la responsabilidad en Salinas, de quien fue consejero privilegiado, aunque hubiera dejado de serlo ya en esa fecha. De haber dicho diciembre, como Salinas mismo dictaminó, habría hecho causa común con su ex jefe en la pretensión de librarse de toda culpa respecto de la actual etapa de la crisis.

Pero si su propio interés quedó bien servido, no ocurrió lo mismo con el de los mexicanos requeridos de conocer los alcances de la actuación de Córdoba en la configuración de hechos de diversa naturaleza que nos atosigan mucho tiempo después de que él se marchó del país. El principal señalamiento que se enderezó contra Córdoba muestra hoy su verdadero significado: dueño de una inmensa autoridad, se le dispensó sin embargo de toda responsabilidad, pues aunque actuaba como un ministro sin cartera, la índole de su nombramiento lo puso a salvo de responder jurídica y políticamente de sus actos. De allí que quiera hacer tragar a los lectores de sus respuestas la rueda de molino de una monumental inocencia. De creer sus palabras, era nada más que un empleado que daba seguimiento a asuntos ajenos y, cuando más, un asesor cuyo consejo era posible desechar, a veces oído, a veces no.

El autorretrato de Córdoba, surgido de sus respuestas al interrogatorio de Rossana Fuentes-Berain, no corresponde con la imagen fundada en hechos que se labró durante el sexenio anterior. Es imposible creer en sus palabras cuando, por sólo citar un ejemplo tomado al azar, describe la relación del Partido Acción Nacional con el gobierno como algo

distante, un "trabajo constructivo en el Congreso". Sobran los testimonios de que en su oficina se elaboraron no pocos de los documentos en que se concretó tal colaboración, de suerte que es ridícula su pretensión de ajenidad.

No es la primera vez que Córdoba se pinta a sí mismo como quiere ser y no como es. Al aportar sus datos para las biografías oficiales, tendió a retocar su verdadero perfil. En el repertorio titulado Quién es quién en la administración pública de México, aparecido en agosto de 1983, ofreció datos de su vida académica que no corresponden con la realidad. Dijo haber estudiado la maestría en filosofía en la Universidad de París, Sorbone, cuando en realidad sólo tomó allí unos cursos de esa especialidad (Pedro Baca, en Contenido, septiembre de 1995). Allí mismo dijo haber hecho el doctorado en economía en Stanford (y en el Diccionario biográfico del gobierno mexicano hasta citó posteriormente el título de la tesis respectiva), lo cual fue oportuna y públicamente desmentido. Se presentó asimismo como "miembro del grupo de asesores económicos de Francois Mitterrand en la campaña presidencial de 1974", siendo que apenas lo fue de Jacques Attali, que sí actuó en un tiempo como el Córdoba de Mitterrand, y luego cayó en desgracia, destino que manifiestamente no quiere para sí el propio ex jefe de la oficina de la Presidencia.

Dijo igualmente en su primer curriculum oficial haber publicado "numerosos artículos, ensayos e investigaciones en revistas especializadas de México y el extranjero". No hay prueba que acredite tal profusión académica, y sí la hay de su agrafía posterior, al menos en cuanto a textos presentados al público. Sólo se recuerdan algunos artículos suyos, aparecidos en Nexos y Excélsior, publicaciones que por afinidades diversas recogieron sus materiales.

Quizá fueran creíbles sus palabras si las pronunciara, como dijo estar dispuesto a hacer, en averiguaciones que la Procuraduría General de la República ha omitido llevar adelante. Córdoba, en efecto, figura en un elenco de acusados por el Partido de la Revolución Democrática por diversos delitos contra la economía pública. Esperemos a conocer sus testimonios en ese ámbito.